

## ACTO III

### ESCENA PRIMERA

Un bosque

Entran QUINCIO, BOTTOM, FLAUITO, SNOWT y STARVELING.



BOTTOM

SEÑORES ¿estamos reunidos todos?

QUINCIO.—Sí, sí; y he aquí un sitio maravillosamente apropiado á nuestro ensayo. Este pedazo cubierto de verdura será nuestro sitio tras de bastidores; y accionaremos ni más ni menos que en presencia del duque.

BOTTOM.—Pedro Quincio.

QUINCIO.—¿Qué dices, bravo Bottom?

BOTTOM.—Hay en esta comedia de «Píramo y Tisbe» cosas que nunca podrán agradar. En primer lugar, Píramo tiene que sacar su espada y matarse; cosa que las señoras no podrán soportar. ¿Qué respondéis á esto?

SNOWT.—Que realmente se morirán de miedo.

STARVELING.—Me parece que debemos omitir eso del matarse, cuando todo esté concluído.

BOTTOM.—Nada de eso. Yo he discurrido un medio de arreglarlo todo. Escribidme un prólogo que parezca decir que no podemos hacer daño con nuestras espadas, y que Píramo no está muerto realmente; y para mayor seguridad, que diga que yo, Píramo, no soy Píramo, sino Bottom el tejedor. Con esto ya no tendrán miedo.

QUINCIO.—Bien: tendremos ese prólogo, y se escribirá en versos de ocho y seis sílabas.

BOTTOM.—No. Añadidle dos más y que se escriba en versos de ocho y ocho.

SNOWT.—¿Y las señoras no tendrán miedo del león?

STARVELING.—Mucho lo temo, á fe mía.

BOTTOM.—Maestros, debéis reflexionar en vuestra conciencia que traer—¡Dios nos asista!—un león entre las señoras, es la cosa más terrible; porque no hay entre las aves de rapiña ninguna más temible que un león vivo; y es necesario en esto andarse con mucho cuidado.

SNOWT.—Por lo mismo, se necesita otro prólogo que diga que él no es un león.

BOTTOM.—No basta. Es necesario que digáis su nombre, y que se le vea la mitad de la cara por entre la máscara de león. Y él mismo debe hablar dentro de ella diciendo esto, ó cosa parecida: «Señoras, »ó hermosas señoras, quisiera ó desearía ó suplicaría que no tuviéseis susto ni temblaseis; respondo »de vuestra vida con la mía. Si os figuráis que vengo aquí como un león verdadero, mi vida no valdría un ardite. No, no soy tal cosa, sino hombre »como otros.» Y en tal coyuntura, que diga su nombre y les haga saber que es Snug el ensamblador.

QUINCIO.—Bien: se hará así. Pero hay dos cosas muy difíciles, á saber: traer la luz de la luna á una habitación; porque debéis saber que Píramo y Tisbe se encuentran á la luz de la luna.

SNUG.—Y en la noche de nuestra representación ¿hay luz de luna?

BOTTOM.—Un calendario! un calendario! Buscad en el almanaque á ver si hay luna.

QUINCIO.—Sí; hay luna esa noche.

BOTTOM.—Pues podéis dejar abierta la ventana de la gran cámara en donde representaremos, y la luna alumbrará por allí.

QUINCIO.—Eso es. O bien podrá venir alguno con un haz de espinos y una linterna, y decir que ha venido á desfigurar ó sea presentar la persona del claro de luna. Y luego hay otra cosa: hemos de tener un muro en la cámara; porque Píramo y Tisbe, según dice la historia, hablaban por una grieta de la pared.

SNUG.—Será imposible llevar un muro. ¿Qué os parece, Bottom?

BOTTOM.—Alguien tendrá que representar el muro. Que tenga consigo un poco de yeso ó de aragamasa ó de pedazos de piedra y ladrillo para que signifiquen pared; ó que ponga los dedos así, y por entre las aberturas podrán hablar Píramo y Tisbe con toda reserva.

QUINCIO.—Si puede hacerse así, todo está bien. ¡Ea! Que cada cual se siente, y ensaye su papel. Principiad, Píramo. Cuando hayáis dicho vuestro discurso, entrad en aquel matorral; y así cada uno, según su papel.

(Entra Puck por el foro).

PUCK.—¿Qué groseros patanes andan por aquí metiendo ruido tan cerca del lecho de nuestra hermosa reina? ¡Qué! ¿Tratan de una representación? Pues seré del auditorio, y aun haré de actor si veo ocasión para ello.

QUINCIO.—Hablad, Píramo. Tisbe, avanzad.

PIRAMO.—«Tisbe, las dulces flores de suave sabor...»

QUINCIO.—Olor, olor.

PIRAMO.—«*de suave olor.*» Así es tu aliento, cara,  
»carísima Tisbe. Pero oye! una voz! Quédate aquí  
»no mas que un rato, y dentro de poco volveré.  
(Sale.)

PUCK (*aparte*).—Qué Píramo tan raro!  
(Sale)

TISBE.—¿Debo hablar ahora?

QUINCIO.—Sí, por cierto; pues debéis entender que  
no sale más que á enterarse de un ruido que oyó,  
y tiene que volver.

TISBE.—«Brillantísimo Píramo, de tinte blanco co-  
»mo el lirio, y del color de rosa carmesí en el rosal  
»triumfal; tan retozonamente juvenil, y sin embar-  
»go tan adorable; tan digno de confianza como el  
»más infatigable caballo. Iré á encontrarme conti-  
»go, Píramo, en la tumba de Niní.»

QUINCIO.—«Tumba de Nino», hombre! Pero eso  
no debéis decirlo todavía. Eso es lo que respon-  
deís á Píramo. ¡Vos lo decís todo de una vez! Pí-  
ramo, entra; entonces volvéis á hablar. La última  
frase anterior es: *infatigable caballo.*

(Vuelven á entrar Puck y Bottom con una cabeza de  
asno).

TISBE.—.....tan digno de confianza como el más  
»infatigable caballo.»

PIRAMO.—«Si yo fuera hermoso, Tisbe, sólo sería  
»tuyo.»

QUINCIO.—¡Oh! Qué cosa tan monstruosa! tan ex-  
traña! Estamos hechizados. ¡Por Dios, maestros,  
huíd! Maestros, socorro!  
(Salen los payasos.)

PUCK.—Yo os seguiré, yo os haré dar vueltas por  
todos lados al través de matorrales y malezas, de  
helechos y de espinos; á veces seré un caballo,  
otras un sabueso, un cerdo, un oso sin cabeza, y al-  
gunas veces un fuego fatuo. Y me sentiréis alterna-  
tivamente relinchar y ladrar, y gruñir y quemar  
como caballo, perro, cerdo, oso y llama. (Sale.)

BOTTOM.—¿Por qué huyen? Esto no es más que  
una bellaquería de ellos por asustarme.  
(Vuelve á entrar Snowt)

SNOWT.—¡Oh Bottom! ¡Qué mudanza! ¿Qué veo en  
ti?

BOTTOM.—¿Qué ves? Una cabeza de asno... la tuya  
¿no es esto?

(Vuelve á entrar Quincio).

QUINCIO.—¡Dios te ampare, Bottom! Dios te ampa-  
re! Estás transformado.  
(Sale.)

BOTTOM.—Ya entiendo su artimaña. Querrían con-  
vertirme en un borrico, y asustarme si pudieran.  
Pero, hagan lo que hicieren, no he de moverme de  
aquí. Me pasearé de arriba abajo y cantaré para que  
me oigan y sepan que no tengo miedo. (Canta.)

TITANIA (*despertando*).—¿Qué angel me despierta en  
mi lecho de flores? Ruégote, gentil mortal, que can-  
tes de nuevo. Tu melodía ha cautivado mi oído, así  
como tu forma ha encantado mi vista. Y la fuerza de  
tu fascinación me mueve á la primera mirada, á  
decirte, á jurarte, que te amo.

BOTTOM.—Páreceme, señora, que tenéis para ello  
muy poca razón; aunque, á decir verdad, la razón y  
el amor se avienen bastante mal en estos tiempos,  
y es lástima que algunos buenos vecinos no los  
reconcilien.

TITANIA.—Eres tan sensato como hermoso.

BOTTOM.—Ni lo uno, ni lo otro, señora; pero si tu-  
viera suficiente seso para salir de este bosque, no  
me faltaría el suficiente para aprovecharme de ello.

TITANIA.—No desees ausentarte de este bosque,  
pues en él permanecerás, quieras ó no. Soy un espí-  
ritu superior á lo vulgar. Todavía la primavera en-  
galana mis posesiones; y yo te amo. Ven, pues, con-  
migo. Te daré hadas que te sirvan, y te traerán jo-  
yas del fondo del mar, y arrullarán con tus cantos  
tu sueño cuando te acuestes en un lecho de flores.  
Y purificaré tu materia de modo que parezcas un es-  
píritu también. Flor-de-guisante! Telaraña! Polilla!  
Grano-de-mostaza!

1.<sup>a</sup> HADA.—Presidente.

2.<sup>a</sup> » —Y yo.

3.<sup>a</sup> » —Y yo.

4.<sup>a</sup> » —Y yo.

TITANIA.—Sed bondadosas y atentas con este caballero: juguetead en sus paseos y triscad á su vista. Alimentadlo con albaricoques y frambuesas, con uvas moradas, verdes higos y moras. Sustraed de las humildes abejas las bolsas de miel; y para servirle de bujías cortad las piernas cerosas y encendidas en el fuego de los ojos del gusano de luz, cuando el amor mío se acueste y se levante. Y tomad las alas de las pintadas mariposas para defender de los rayos de la luna sus párpados soñolientos. Duendes! Saludadle y presentadle vuestros respetos.

1.<sup>a</sup> HADA.—Salud ¡oh mortal!

2.<sup>a</sup> » —Salud!

3.<sup>a</sup> » —Salud!

4.<sup>a</sup> » —Salud!

BOTTOM.—De corazón imploro vuestro favor. Dignaos decirme vuestro nombre.

TELARAÑA.—Telaraña.

BOTTOM.—Me placera conoceros más íntimamente, señor Telaraña. Ya me aprovecharé de vos si llego á cortarme el dedo. ¿Y cuál es vuestro nombre, honrado hidalgo?

FLOR-DE-GUISANTE.—Flor-de-guisante.

BOTTOM.—Os ruego saludéis á la señora calabaza, vuestra madre, y al señor estuche-de-guisantes, vuestro padre. También desearía conoceros mejor. ¿Querriais decirme por bondad vuestro nombre?

GRANO-DE-MOSTAZA.—Grano de mostaza.

BOTTOM.—Mi buen señor: bien conozco vuestra paciencia. Muchos caballeros de vuestra casa han sido devorados por el cobarde y gigantesco asado de buey; y os aseguro que ya antes de ahora vuestra parentela me llenó de lágrimas los ojos. Deseo más estrecha relación con vos, señor Grano-de-mostaza.

TITANIA.—Venid y servidle. Llevadle á mi retrete.

Paréceme que la luna en su manera de brillar anuncia sus lágrimas; y cuando éstas caen, cada florecilla gime llorando alguna forzada castidad. Poned silencio á la boca de mi amor, y traedlo sin ruido.  
(*Salen.*)

## ESCENA II

### Otra parte del bosque

Entra OBERON

OBERON.—Quisiera saber si ha despertado Titania; y en seguida, sobre qué objeto recayó su primera mirada, como que ha de estar loca por él. (*Entra Puck.*) Aquí llega mi mensajero. ¡Y bien, travieso espíritu? ¿Qué nocturna nueva prevalece ahora en este misterioso bosquecillo?

PUCK.—Mi ama está enamorada de un monstruo. Cerca de su recóndito y consagrado retrete, mientras ella pasaba la lánguida hora del sueño, una partida de ganapanes, rudos artesanos que trabajan en las tienduchas de Atenas, se hallaba reunida para ensayar una representación destinada al día de las bodas del gran Teseo. El más insustancial de esos imbéciles, que hacía el papel de Píramo, abandonó la escena y se metió en un matorral; y yo, aprovechando esta ocasión, coloqué sobre sus hombros una cabeza de asno. A la sazón, su Tisbe tenía que recibir su respuesta; y aquí de mi sainete. Apenas le vieron sus compañeros, cuando se dieron á huir en todas direcciones, como una bandada de gansos silvestres que divisa al cazador agazapado; ó como chovas de patas rojizas que se levantan y caen al estampido del fusil, y vuelan desatentadas por el cielo. A nuestro impulso, cae el uno y el otro aquí y allí, y grita que lo asesinan, y clama por auxilio de Atenas. Así debilitados y extraviados sus sentidos

por el temor, convertidos casi en cosas inertes, principiaron á sufrir el mal consiguiente. Desgarraban las espinas y zarzas sus vestidos: quien se hizo girones una manga, quien pierde el sombrero: en todas partes dejaban algo. Yo los guí en este desatentado terror, y dejé allí al amoroso Píramo transfigurado; y en ese instante vino á acontecer que despertara Titania y quedara en el acto locamente enamorada de un borrico.

OBERÓN.—Mejor ha salido esto que cuanto yo podía imaginar. Pero ¿has vertido ya el jugo de la flor en los ojos del ateniense, como te lo encargué?

PUCK.—Lo atrapé dormido. Eso también está despachado. Como la mujer ateniense estaba á su lado, claro está que cuando él despierte tendrá que verla.

(Entran Demetrio y Hermia).

OBERÓN.—Mantente cerca. Este es el ateniense.

PUCK.—La mujer es la misma; pero no el hombre.

DEMETRIO.—¡Oh! ¿por qué rechazáis á quien os ama tanto?

HERMIA.—Ahora no hago más que reprender; pero podría tratarte con más severidad, pues recelo que me has dado motivo para maldecirte. Si has asesinado á Lisandro durante su sueño, llega de una vez hasta el fondo del crimen, y mátameme también. No es más fiel el sol al día que Lisandro á mí. ¿Habría huído él á ocultas de su Hermia dormida? Antes creería que se puede abrir en la tierra un conducto para que la luna pase al través y vaya á perturbar la marea en los antípodas. No puede ser sino que tú le has muerto; y en verdad que un asesino debería tener tu mismo aspecto homicida y sombrío.

DEMETRIO.—Mejor diríais que tengo el del moribundo traspasado de dolor; pero vos, que sois mi asesino, aparecéis tan clara y brillante como ese astro Venus en su fúlgida esfera.

HERMIA.—¿Qué importa eso á mi Lisandro? ¿Dónde está?... ¡Ah, buen Demetrio! ¿Quieres devolvérmelo?

DEMETRIO.—Preferiría arrojar su osamenta á mis perros.

HERMIA.—¡Fuera de aquí, tigre! ¡Fuera, chacal! Me atormentas más allá del límite de toda paciencia. ¿Es decir que tú lo has asesinado? Que jamás se te vuelva á contar entre los hombres! ¡Oh! Dí la verdad, dila siquiera una vez, por piedad. ¿Te



atreves á haberlo mirado despierto, y lo matas cuando yace dormido? ¡Oh heroísmo! Un gusano, un áspid, ¿no podrían hacer lo propio? Porque nunca áspid alguno pudo herir con lengua más pérfida que la tuya, serpiente!

DEMETRIO.—Gastáis vuestra cólera, víctima de un engaño. No soy culpable de la sangre de Lisandro, ni tengo indicio alguno para pensar que haya muerto.

HERMIA.—Pues entonces te suplico me digas que está bien.

DEMETRIO.—Y si pudiera hacerlo ¿qué me valdría?

HERMIA.—El privilegio de no verme jamás. Abandona tu presencia con ese voto. No vuelvas á verme, sea que haya muerto, ó no. *(Sale.)*

DEMETRIO.—Es inútil seguirla en este arranque de cólera. Así, me quedaré aquí por breve rato y buscaré en el sueño alivio á mi dolor, porque éste se hace doblemente pesado con el insomnio.

*(Se acuesta.)*

OBERÓN.—¿Qué has hecho? La has errado por completo, vertiendo el jugo amoroso en los ojos de algún amante verdadero; y por fuerza tu equivocación hará que se mude un amor sincero, en vez de mudar uno falso.

PUCK.—Eso quiere decir que quien impera es el destino, y que por un hombre verdadero, hay un millón que faltan á sus juramentos.

OBERÓN.—Vé por el bosque, más rápido que el viento y procura encontrar á Elena de Atenas. Triste y abatida está, pálidas las mejillas, suspirando de amor, y consumiendo la riqueza de su sangre juvenil. Valiéndote de cualquiera ilusión hazla venir. Yo encantaré los ojos de él antes de que ella haya llegado.

PUCK.—Voy, voy. Mirad cómo voy más veloz que la flecha despedida por el arco del Tártaro.

OBERÓN.—Flor de color de púrpura, herida por la saeta de Cupido, penetra en el globo de sus ojos. Cuando él aceche á su amada, que aparezca ella resplandeciente como la Venus del firmamento, y cuando despiertes, implora de ella, si está cercana, el remedio de tu amor.

*(Vuelve á entrar Puck.)*

PUCK.—Caudillo de nuestra hermosa muchedumbre: Elena está próxima, y el joven á quien equivoqué le suplica por el premio de su amor. ¡Cómo he-

mos de divertirnos con sus coloquios! Santo Dios, y qué locos son estos mortales!

OBERÓN.—Apártate. El ruido que hacen despertará á Demetrio.

PUCK.—Entonces habrá dos cortejando á una, y eso solo ya es una diversión. No hay cosa que me guste tanto como lo imprevisto.

*(Entran Lisandro y Elena.)*

LISANDRO.—¿Por qué pensáis que os solicito por burla? La burla y el sarcasmo jamás vierten lágrimas, y ved que cuando os suplico, lloro. Decid si semejante manera de pedir vuestro amor no lleva en sí la prueba de toda su verdad.

ELENA.—Refináis vuestra astucia más y más haciendo que la verdad sirva para matar la verdad. ¡Oh combate, infernal y divino á un tiempo! Esos juramentos pertenecen á Hermia. ¿Queréis abandonarla? Pesad esos juramentos y otros, y no pesarán nada. Puestos en una balanza los que hacéis á la una con los que hacéis á la otra, la balanza estará en su fiel y ambos no pesarán más que cualquier mentira.

LISANDRO.—No tuve discernimiento cuando juraba á sus plantas.

ELENA.—Ni lo tenéis, á mi juicio, en abandonarla.

LISANDRO.—Demetrio la ama y no os ama.

DEMETRIO.—*(Despertando.)* ¡Oh Elena! Diosa! Ninfa perfecta y divina! ¿Con qué podré comparar tus ojos, amor mío? El cristal parecerá lodo. Oh! ¿Qué tentadores se ostentan tus labios, como cerezas maduras para los besos! Cuando muestras tu mano, parece oscura la nieve de Tauro congelada por el viento de Levante! ¡Oh, déjame besar esta princesa de la casta blanca, este sello de felicidad!

ELENA.—¡Oh despecho! ¡oh infierno! Veo que estáis conjurados todos contra mí para vuestro pasatiempo! Si fuérais corteses, no me haríais este agravio. ¿No basta que me aborrecáis, como sé que lo hacéis, sino que además habéis de unir vuestras al-

mas para burlaros de mí? Si fuérais hombres, como lo dice vuestra apariencia, no trataríais así á una dama inofensiva; cortejando y jurando y ponderando mis cualidades, cuando sé que me odiáis de corazón. Ambos sois rivales en amar á Hermia, y ahora lo sois en escarnecer á Elena: gran hazaña y varonil empresa, arrancar con vuestras burlas las lágrimas de una pobre doncella! Ningún hombre que tuviera la menor nobleza ofendería así á una virgen, atormentando la paciencia de su pobre alma, para procurarse una diversión.

LISANDRO.—Malo sois, Demetrio. No seáis así. Sabéis que conozco vuestro amor á Hermia; y aquí, con toda voluntad, con todo corazón, os cedo mi parte en su amor. Dadme la vuestra en el de Elena, á quien amo y amaré hasta la muerte.

ELENA.—Jamás gastaron tan mal sus palabras los burlones.

DEMETRIO.—Lisandro, quédate con tu Hermia. Si alguna vez la amé, ese amor se ha ido, y no quiero nada de él. Mi corazón no estuvo con ella sino como un huésped pasajero, y ahora vuelve á su hogar, vuelve á Elena para quedarse aquí.

LISANDRO.—Elena, no es verdad.

DEMETRIO.—No desacreditéis la fe que no conoces, á menos que la compres caro á costa tuya. Ve ahí á tu amada que viene: ve ahí á la que adoras.

(*Entra Hermia.*)

HERMIA.—¡Oscura noche, que quitas la vista á los ojos, y aguzas el oído, dando á éste lo que quitas á aquellos! Mis ojos no pudieron encontrarte, Lisandro, pero mi oído me hizo seguir tu voz. Ah! ¿por qué con tanta dureza me has dejado?

LISANDRO.—¿Y por qué se quedaría aquel á quien el amor llama á otra parte?

HERMIA.—¿Qué amor podría apartar á Lisandro de mi lado?

LISANDRO.—El amor de Lisandro, que no podía separarse de la hermosa Elena, que embellece la

noche más que el esplendor de todas las estrellas. ¿Por qué me buscas? ¿No basta el que te haya dejado para que conozcas el odio que siento por ti?

HERMIA.—Habláis lo que no pensáis. Eso no puede ser.

ELENA.—¡Ah! También ella toma parte en la conspiración! Ahora veo que os habéis unido los tres para formar este desleal pasatiempo á despecho mío. ¡Oh tú, Hermia, injuriosa é ingrata doncella! ¿Has conspirado con éstos, urdiendo esta maligna burla para ofenderme? ¿Y has olvidado las cariñosas pláticas, los juramentos fraternales, las horas que hemos pasado juntas? ¿Lo has olvidado todo, la amistad de nuestra niñez, la compañía inocente de nuestra infancia? Siempre estuvimos unidas, juntas en el mismo asiento, ocupadas en la misma labor, entonando la misma canción, como si nuestras mentes, nuestras manos, nuestras voces, hubieran sido una sola. Así crecimos como un doble fruto gemelo, que parece partido en dos y sin embargo no se puede separar. Eramos dos cuerpos con un solo corazón. ¿Y venís á romper todos estos lazos antiguos, para juntaros á esos hombres y escarnecer á vuestra amiga? No: esto no es amistad, ni es digno de una doncella. Nuestro sexo, tanto como yo misma, os censurará por ello, aunque sea yo sola quien sufra el agravio.

HERMIA.—Vuestras frases apasionadas me dejan estupefacta! Yo no burlo de vos. Antes me parece que vos os burláis de mí.

ELENA.—¿No habéis inducido á Lisandro á seguirme y á alabar mis ojos y mi cara? ¿No habéis hecho que vuestro otro apasionado, Demetrio (que aún ahora mismo me ha rechazado con el pie) me llame diosa, ninfa divina, preciosa, celestial? ¿Por qué habla así á una que aborrece? ¿Y por qué me niega Lisandro vuestro amor, tan rico en su alma, y me ofrece su afecto, si no es porque lo inducís á ello y obra con vuestro consentimiento? ¿Qué deli-

to hay en que yo no tenga tantas gracias como vos, ni sea tan afortunada en el amor, sino una infeliz que ama sin ser amada? Deberíais compadecerme por esto, no despreciarme.

HERMIA.—No comprendo lo que queréis decir.

ELENA.—Sí, perseverad: fingid tristes miradas, y haceos señas cuando vuelvo la espalda: seguid en esta amable diversión, que, bien sostenida, será materia de una crónica. Si fuérais capaces de alguna piedad ó gentileza, no me tomaríais por tema de vuestra irrisión; pero adiós. Yo me tengo la culpa, y pronto la remediaré con la ausencia ó con la muerte.

LISANDRO.—Quedaos, gentil Elena, y oíd mi excusa. ¡Hermosa Elena, amor mío, vida mía, alma mía!

ELENA.—¡Oh! Excelente.

HERMIA.—Amigo mío, no la burléis así.

DEMETRIO.—Si no lo alcanzas rogando, yo le forzaré á ello.

LISANDRO.—No puedes compeler tú más que rogar ella, y tus amenazas no tienen más fuerza que sus débiles súplicas. Elena, yo te amo, te lo juro por mi vida, y probaré aun á costa de perderte á quien negare la verdad de mi amor, que es un hombre falso.

DEMETRIO.—Digo que te amo más que lo que él pudiera amarte.

LISANDRO.—Si tal dices, retírate y vamos á probarlo.

DEMETRIO.—Al instante. Ven.

HERMIA.—Lisandro ¿á qué conduce todo esto?

LISANDRO.—¡Fuera! ¡Etiope!

DEMETRIO.—No, no, señor. Habla como si la acción fuera á seguir á la palabra; pero no se mueve. Eres un cobarde, bah!

LISANDRO.—Márchate de aquí, cuitado, cosa vil, ¡afuera! O te sacudiré y te arrojaré lejos de mí como á una culebra.

HERMIA.—¿Por qué os habéis vuelto tan rudo? ¿Qué cambio es este, amor mío?

LISANDRO.—¿Amor tuyo? Vete, vete, maldita pócima, remedio detestado. ¡Vete!

HERMIA.—¿Os estáis chanceando?

ELENA.—Sí, á fe mía, lo mismo que vos.

LISANDRO.—Demetrio, te cumpliré mi promesa.

DEMETRIO.—Me alegraría de tener alguna prenda de ello; pues no confío en tu palabra.

LISANDRO.—¡Qué! ¿tendría que darle golpes, lastimarla, maltratarla? Por más que la aborrezca no le haría tal daño.

HERMIA.—Pues qué! ¿Podríais hacerme un daño mayor que aborrecerme? ¡Aborrecerme! ¿Y por qué? ¡Desgraciada de mí! ¿Que ha pasado, amor mío? ¿No soy Hermia? ¿No eres tú Lisandro? Tan hermosa soy ahora como la noche en que me amaste, como la noche en que me dejaste. No quieran los dioses que hables de veras.

LISANDRO.—Sí, por mi alma! y quisiera no haber vuelto á verte jamás. Así, pues, no tengas esperanza ni duda: no es una chanza: nada hay tan verdadero y cierto como el odio que siento hacia ti.

HERMIA.—Desgraciada de mí! ¡Oh tú, impostora, ladrona de amor! ¿Has venido de noche para robarme el corazón de ese á quien amo?

ELENA.—A fe mía, que os sientan bien estas palabras: ¿no tienes ya modestia ni rubor, y se desvaneció la menor sombra de delicadeza? ¿Quieres arrancar por ventura de mi lengua prudentes airadas voces? Estás haciendo una comedia, tú, muñeca!

HERMIA.—¿Por qué, muñeca? ¡Ah! Ya veo la traza. Ahora caigo en que habrá comparado nuestras estaturas, decantó la suya, y con sus ventajas, ha prevalecido sobre él. ¿Y habéis crecido tanto en su afecto por ser yo tan pequeña y baja? ¿Muy baja soy, asta de bandera pintarrajeada? ¡Habla! ¿Muy baja soy? ¡Pues no lo soy tanto que no puedan mis uñas llegar hasta tus ojos!



ELENA.—Os ruego, señores, aunque os burléis de mí, que no la dejéis hacerme daño. No es mi costumbre echar maldiciones, ni aptitud para el mal; sino que á fuer de doncella soy temerosa. No dejéis que me maltrate. Quizás os parece que por ser ella algo menor de estatura que yo, podré luchar con ella.

HERMIA.—¡La estatura! ¡Otra vez la estatura!

ELENA.—Buena Hermia, no os airéis contra mí. Yo siempre os tuve afecto y seguí en todo vuestro consejo, y nunca os hice mal alguno, á no ser que, por amor á Demetrio, le dije de vuestra fuga á este bosque. El os siguió, y yo le seguí por amor, pero él me echó de aquí y me amenazó con darme golpes y aun con matarme. Ahora sólo deseo que me dejéis volver en paz á Atenas y no me sigáis más. Dejadme ir. Ya veis cuán simple y afectuosa soy.

HERMIA.—Pues marchaos. ¿Quién os lo estorba?

ELENA.—Un corazón desatentado que dejo tras de mí.

HERMIA.—¡Con quién! ¿Con Lisandro?

ELENA.—Con Demetrio.

LISANDRO.—No temas, Elena. No te hará ningún mal.

ELENA.—¡Oh! Cuando se enfurece es maligna y astuta. Cuando iba á la escuela era una víbora, y aunque pequeña, es de índole fiera.

HERMIA.—¿Otra vez pequeña? ¿Siempre baja y pequeña? ¿Por qué permitís que me ultraje así? Dejadme que me entienda con ella.

LISANDRO.—¡Véte, enana, avalorio, puñado de mala paja!

DEMETRIO.—Sois demasiado comedido y solícito en favor de la que desdeña vuestros servicios. Dejadla sola: no habléis de Elena, ni toméis su defensa. Si intentáis mostrar hacia ella la menor familiaridad, responderéis de ello.

LISANDRO.—Ahora no tiene imperio sobre mí. Sí-

gueme, si te atreves, y probemos quién de los dos tiene mejor derecho para pretender á Elena.

DEMETRIO.—¿Seguirte? No, sino á tu lado.

(Salen Lisandro y Demetrio.)

HERMIA.—Señora mía: toda esta querrela es obra vuestra. No, no os vayáis.

ELENA.—No confío en vos, no. Ni permaneceré más tiempo en vuestra maldita compañía. Mis manos no están, como las vuestras, acostumbradas á las contiendas, y así huyo y me salvo. (Sale.)

HERMIA.—Estoy azorada y no sé qué decir.

(Sale persiguiendo á Elena.)

OBERON.—Esto es fruto de tu negligencia. Tú incurriste en esa equivocación, ó hiciste eso por bellaquería.

PUCK.—Creedme, rey de las sombras, que me equivoqué. ¿No me dijisteis que reconocería al hombre por su traje ateniense? Y para probar la inocencia de mi conducta, basta ver que he puesto el jugo de la flor en los ojos de un ateniense; aunque es verdad que me alegra y divierte el ver la confusión y enredo que de ello ha venido á resultar.

OBERON.—Ya ves cómo estos enamorados buscan un sitio donde combatir. Ocúltate entre las sombras de la noche, extiende la niebla sobre su estrellado velo, hasta que sea oscuro como Aqueronte y guía de tal manera á estos rivales tan lejos el uno del otro, que no se puedan encontrar. Unas veces imitando la voz de Lisandro, excitarás á Demetrio con graves insultos; y otras harás lo mismo imitando la voz de Demetrio; y así llevarás á uno y otro hasta que caigan rendidos de cansancio y se hundan en el sueño, remedo de la muerte. Exprime entonces en los ojos de Lisandro el jugo de esta yerba, que tiene la virtud de disipar toda ilusión. Cuando despierten, todo lo que ha pasado les parecerá un sueño, y volverán los amantes á Atenas unidos hasta la muerte. Mientras tú te ocupas en

esta misión, yo iré en busca de mi reina y le suplicaré que me entregue al muchacho; y entonces desbarataré el encanto de sus ojos y haré que todas las cosas le parezcan tales como son en realidad.

PUCK.—Aéreo señor mío: es necesario hacer esto aprisa, porque ya asoman las luces crepusculares que animan la aurora, y empiezan á desgarrarse los velos de la noche. Los fantasmas se apresuran en tropel á ganar su albergue en los cementerios: todos ellos son espíritus condenados que tienen su sepultura en los sitios extraviados é inundados, y temen que la luz del día alumbre su vergüenza.

OSBERÓN.—Pero nosotros somos espíritus de otra clase. Mil veces he jugueteado con la amorosa aurora y visitado los bosquecillos hasta que las puertas del Oriente radiantes de luz, se han abierto sobre el océano bañando de oro sus verdes aguas salobres. No obstante, apresúrate, y deja esta faena terminada antes de rayar el día.

PUCK (*Sale*).—Arriba y abajo, arriba y abajo los he de conducir, de un lado para otro. Me temen en el campo y en la ciudad. Goblin, llévalos arriba y abajo. Aquí viene uno. (*Entra Lisandro.*)

LISANDRO.—¿Dónde estás, orgulloso Demetrio?

PUCK.—¡Aquí villano! con el acero desnudo y pronto.

LISANDRO.—Al instante soy contigo.

PUCK.—Sígueme á mejor terreno.

DEMETRIO.—¡Lisandro, habla otra vez! ¡Fugitivo! ¡Cobarde! ¿adónde has huído? ¿Has ido á esconder tu cabeza en algún matorral?

PUCK.—¡Cobarde! ¿Dices tus baladronadas á las estrellas, y cuentas á las malezas que quieres barte, y sin embargo no vienes? Ven, bribón: ven, que como á un niño te he de azotar con un bejuco. El que desnude una espada para ti se deshonra.

DEMETRIO.—¿Estás ahí?

PUCK.—Sigue mi voz y llegaremos adonde se pueda probar el valor.

LISANDRO.—El va por delante y todavía me provoca. Cuando acudo al punto de donde me llama, ya no está allí. El villano es mucho más ligero de pies que yo, y cuanto más aprisa le seguía, más pronto se alejaba. Así he venido á dar en un sendero desigual y oscuro, y voy á descansar aquí. ¡Ven, oh grata luz del día! (*Se acuesta.*) Con los primeros rayos de tu pálido fulgor, descubriré á Demetrio y satisfaceré mi venganza.

(*Se duerme.*—Vuelven á entrar Puck y Demetrio).

PUCK.—¡Oh, oh, oh! ¿Por qué no vienes, cobarde?

DEMETRIO.—Ven, si te atreves; pues no haces más que huir de sitio en sitio, y no osas aguardarme á pie firme y mirarme de frente. ¿Dónde estás?

PUCK.—Ven hacia aquí: aquí estoy.

DEMETRIO.—No me dejaré burlar una vez más. Caro lo has de pagar si alguna vez alcanzo á verte á la luz del día. Ahora vé donde quieras. Ya la fatiga me fuerza á reclinar me aquí y esperar la luz del día.

ELENA.—¡Oh penosa noche! ¡Noche larga y fastidiosa! Acorta tus horas y deja brillar el consuelo en la luz del oriente, para que pueda yo volver á Atenas con el alba, separándome de la vecindad de los que aborrecen mi pobre compañía! ¡Oh sueño! Tú que algunas veces cierras de pesar los ojos, haz que por unos momentos me libre yo de mi propia compañía! (*Duerme.*)

PUCK.—¿No más que tres todavía? Dos de cada clase hacen cuatro. Aquí viene otra, triste y colérica. Cupido es un muchacho bien travieso, cuando así hace enloquecer á las pobres mujeres.

(*Entra Hermia.*)

HERMIA.—¡Ah! nunca he estado tan cansada ni tan triste; empapada de rocío, desgarrada por los espinos, ya no puedo arrastrarme más lejos, y mis